

ISSN 0254-9239

lexis

Vol. XXXII (1) 2008

revista de lingüística y literatura

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

LAVALLÉ, Bernard (ed.). *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes*. Lima: IFEA-Instituto Riva-Agüero, 2005, 246 pp.

Bernard Lavallé recoge en *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes* once ponencias presentadas en un simposio organizado en Lima por el Instituto Riva-Agüero y el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA). El principal objetivo de este libro es revelar las estrategias del discurso colonial, así como el proceso de formación de la identidad del sujeto en este periodo. Cada uno de estos trabajos asume el concepto de *discurso colonial*, tal como lo propone Rolena Adorno, como una “red de negociaciones que tienen efecto en una sociedad viviente” (1988: 11) y no simplemente como una serie de “momentos culturales”. La exploración del sujeto presentada en los once ensayos está situada dentro de esta “red de negociaciones”. Comprender el tejido de transacciones e intercambios implica poder conocer y entender la formación de la identidad del sujeto colonial. Tanto Rolena Adorno (1988) como Homi Bhabha (1994) conciben la identidad como un proceso en el que es necesario establecer sus propias fronteras mediante la conciencia de la alteridad, es decir, a través del reconocimiento del otro y la posterior diferenciación. Afirmar la diferencia es afianzar la identidad. No obstante, el proceso de edificación de la identidad en el continuo reconocimiento del otro y, por ende, de uno mismo, está mediado por una serie de tretas y enmascaramientos que se plantean como una estrategia de actuación en la sociedad virreinal. El sujeto colonial —colonizado y colonizador— se funda en estos travestismos y rodeos, entendidos por Adorno como el proceso mismo de negociación de la identidad con la figura del otro y por Bhabha

como mimetismo, como deseo y amenaza en el momento de representación del sujeto colonial. Justamente, el propósito de *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes* y el aporte más significativo de cada artículo reside en deshilar el enrevesado discurso de la sociedad colonial y en esclarecer dichas tretas y rodeos que se presentaban como necesarios en la interacción de los individuos de dos polos tan opuestos como complementarios. Desde diferentes perspectivas, los trabajos compilados por Bernard Lavallé estudian, en casos particulares, dichos travestimos y sacan a la luz las verdaderas intenciones que ocultaban tanto los sujetos dominantes como los subalternos, ya sea como una táctica de supervivencia o como una herramienta para acentuar su autoridad.

Lavallé nos da la clave de lectura de las once ponencias reunidas y propone una división de los artículos según dos criterios. En primer lugar, nos encontramos con aquellos que revelan las estrategias y los proyectos de los grupos dominantes. Por otro lado, se hallan las ponencias que se centran en las construcciones que idearon los subalternos. El primer conjunto, según el editor, estaría conformado por los trabajos de Louise Bénat-Tachot, Jaime Valenzuela, Pedro Guibovich, Carlos Gálvez, Sonia Rose, Monique Alaperrine y Christophe Giudicelli. El segundo, por los de César Itier, Jacques Poloni-Simard, Rosemarie Terán y Luis Miguel Glave.

El primer grupo, entonces, tiene como hilo conductor el tratamiento de las figuras de poder y las estrategias empleadas por los sectores dominantes. Sin embargo, algunos de los artículos ponen en evidencia la complejidad de la construcción del sujeto colonial y, junto con ello, manifiestan cómo la presentación de dicho sujeto escapa, muchas veces, de una tipificación elemental, de una distinción entre dominante y subalterno. Este es el caso del personaje mostrado por Louise Bénat-Tachot en “Yo soy el desventurado Gonzalo Pizarro”. El atrevido retrato de Gonzalo Pizarro en la *Historia de la Indias* de Francisco López de Gómara”. Para el estudio de este artículo, debemos tener en cuenta, como señala Adorno, que la relación colonizador-colonizado no es igual a la correspondencia entre europeo-amerindio, sino que dicha relación depende de la focalización

del sujeto, es decir, desde dónde emite su discurso. Con ello, no pretendemos decir que Gonzalo Pizarro es un sujeto colonizado, pero la imagen que construye Gómara de él debe responder, al igual que este, a una autoridad, en este caso, al rey. Se expone una doble jerarquía. Pizarro no es el ‘cacique vencido’; por el contrario, se funda como una autoridad militar y caballeresca en el solapado discurso de Gómara, como autoridad para los indios, pero también como sujeto sometido —a pesar de su rebeldía— a la figura del rey. De esta manera, Bénat-Tachot estudia las estrategias de elaboración de la figura de Gonzalo Pizarro y su relevancia política en la obra del cronista. Señala la autora que el rebelde es esbozado como un aguafuerte, es decir, que a pesar de que el cronista reconoce las crueldades y los crímenes cometidos por él, se le atribuyen rasgos de valeroso guerrero, propios de la grandeza caballeresca. Bénat-Tachot llama la atención sobre la manera que presenta Gómara los aspectos negativos del conquistador. La primera vez que se introduce la imagen de Pizarro y se hace referencias a su tiranía y ambición, López de Gómara lo sitúa en Quito donde ha perdido todos sus bienes y cuatro mil indios de carga. Las constantes menciones a la ambición, sin embargo, disfrazan y matizan los pasajes posteriores que presentan a Pizarro como un buen gobernante, protector de los indios y fiel vasallo del rey al aplicar estrictamente las leyes de la encomienda. Es ahí donde notamos la doble jerarquía, la figura de Pizarro como dominante, pero también como sujeto sometido. Ahora bien, el tratamiento del rebelde es enmascarado también formalmente, pues para la autora la exposición de la crisis política se presenta, finalmente, como una biografía individual.

Por otra parte, los trabajos de Giudicelli y Alaperrine, insertos también, según el editor, dentro del grupo de discursos de los sectores dominantes, construyen, al igual que el artículo anterior, ideales caballerescos y formas mediante las que se ejerce el poder frente a la imagen dominada y negativa de los indígenas. En el caso de Christophe Giudicelli, la hegemonía se manifiesta mediante el dominio total de la ciudad; en el de Monique Alaperrine, a través de la elaboración de la imagen del curaca abusivo, pero sometido, como

contraparte del militar español. El trabajo de Giudicelli, “Pacificación y construcción discursiva de la frontera. El poder instituyente de la guerra en los confines (siglos XVI-XVII)” tiene como objeto de estudio el periodo de construcción de las fronteras en América. La inclusión del mundo indígena en los esquemas de la organización colonial, sin embargo, partía de la concepción de este como un mundo bárbaro y fiero. Por consiguiente, antes de que se logre una inserción propiamente dicha de los grupos indígenas, este plan de organización se centraba en distinguir a los sectores de naturales llamándolos salvajes y bárbaros a diferencia de sí mismos. Giudicelli entiende esta etapa de construcción de la barbarie como un momento previo y necesario de la creación del discurso civilizador. El proyecto de desarrollo de la “nación”, antes que mostrar una realidad política organizada y unificada, manifiesta un esquema de conquista. El travestismo reside, en este caso, que bajo la forma de nación, lo que se produce es, en verdad, un programa administrativo no “de identificación de tal o cual grupo indígena, en función de su integración [más bien] en una forma de reclutamiento laboral” (173).

Monique Alaperrine, en “Recurrencias y variaciones de la imagen del cacique”, afirma que luego de la polémica sobre los justos títulos coexisten dos imágenes opuestas de curacas. Una responde a la imagen del señor natural que ha sido apartado de su legítimo poder y la otra, a la del tirano abusivo, la cual perdura hasta el fin de la colonia. La concepción negativa del curaca esconde una crítica a las tendencias lascasistas. Desprestigiar a estos personajes culminaría en la abolición de sus funciones, lo cual posibilitaría, luego, una forma de dominación más directa.

Los artículos de Jaime Valenzuela y Carlos Gálvez se centran en las figuras de poder como agentes de adoctrinamiento y evangelización. Ambos ensayos plantean el estrecho vínculo entre la educación religiosa y el control político. El estudio de Jaime Valenzuela Márquez titulado “Del orden moral al orden político. Contextos y estrategias del discurso eclesiástico en Santiago de Chile” parte de la afirmación de que el pensamiento eclesiástico forma parte del aparato discursivo global del discurso colonial que se estructura, como

venimos diciendo, sobre la base de una serie de enmascaramientos que ponen en evidencia la tensión existente entre dos polos de la sociedad. Valenzuela se centra en el estudio de las estrategias que presenta el discurso religioso como forma de control político. El sermón y otros tipos de elocuciones eclesiásticas constituyen formas eficaces que permiten la transmisión de contenidos políticos disfrazados mediante recursos literarios, retóricos y persuasivos. Sin embargo, no es solo la forma de estos géneros lo que posibilita el encubrimiento de lo político, sino el propio tratamiento de algunos temas religiosos, como inculcar el temor a Dios y sembrar la noción de pecado colectivo. Ello sume a toda una población bajo el poder eclesiástico y político dominante, al ser los segundos los poseedores de la virtud en contraposición al carácter pecador que comparten todos los otros miembros de la sociedad.

Carlos Gálvez en “Creerá el curioso lector lo que más le agrade. Giovanni Anello Oliva frente a la Conquista y a la Evangelización”, al igual que Valenzuela, trabaja un discurso que se articula, a la vez, bajo una forma religiosa y política. Al emprender la escritura de la historia nacional, el padre Oliva no solo se presenta como historiador o cronista, sino también como misionero. En este sentido, explica Carlos Gálvez que el sacerdote “entendió la redacción de su historia como una cruzada y un arma política para la reivindicación de la obra evangelizadora en los Andes a cargo de la Compañía de Jesús, aunque no lo dijera sino entre líneas” (141). El padre Oliva se sirve de la crónica, de la construcción de un texto histórico, para transmitir tanto la reivindicación de la obra jesuita como para dar fe de un fuerte compromiso político a través de la expresión de su postura lascasista, lo cual, explica Gálvez, constituye para Brading un “temprano patriotismo criollo” (140).

Pedro Guibovich, aunque desde una perspectiva distinta, funde también el discurso religioso con el político. Las crónicas conventuales, comenta el autor en “Hagiografía y política: las crónicas conventuales en el virreinato peruano”, gozaban de mucho prestigio en España y no tardaron en convertirse en un género ampliamente desarrollado en América. En ellas, se llevaban a cabo grandes polémicas

que tenían como temas de discusión, por ejemplo, la antigüedad de las congregaciones, lo cual implicaba también una disputa sobre la primacía en la evangelización de las poblaciones indígenas. Por otra parte, la descripción de las órdenes y el intento por demostrar su antigüedad abrió campo para el retrato de la vida de los religiosos en las mismas órdenes bajo las convenciones del género hagiográfico. Ello tuvo como propósito no solo mostrar al público ejemplos de vidas morales y virtuosas, sino promover la canonización y beatificación de los miembros de las respectivas órdenes, lo cual era considerado un importante símbolo de prestigio. Si bien la doble articulación del discurso en este caso no es tan marcada como en los ejemplos anteriores, podemos reconocer, de igual manera, cómo se elabora un texto velado. Las crónicas conventuales, entendidas como un género histórico en el que se relataban modelos de vida religiosa y las costumbres de los diversos grupos eclesiales, toman la forma de un espacio abierto a la polémica y de un medio de propaganda a través del cual se divulgan las cualidades de cada orden, pero constituyen también “la expresión de las aspiraciones del clero regular por lograr un mayor espacio en la sociedad colonial” (83).

Por último, dentro del primer conjunto de artículos, “Petarca en los Andes: la ‘Canción al Perú’ de Enrique Garcés”, de Sonia Rose, plantea un estudio de la condición colonial del escritor. Asimismo, valora la escritura como el único medio para el reclamo de una situación injusta y estudia la dificultad de explicar la realidad americana mediante una lengua y una tradición ajenas a ella. Como consecuencia, señala Rose, surge un discurso subversivo. Para la autora, el discurso colonial es subversivo, es “emitido desde un locus indiano, por un sujeto colonial y que surge como expresión de su resistencia al ‘sistema colonial’” que es, a su vez, violento y autoritario (86). Al impedir la confrontación abierta, comenta la autora, se genera un discurso clandestino, travestido, el cual se puede comprender como propiamente americano. Ahora bien, se pregunta Rose si es que la confrontación velada más que plantear una subversión no implica una negociación abierta. Dentro de esta discusión se sitúa la “Canción al Perú” de Garcés. Se trata de una recomposición

o traducción de un poema de Francesco Petrarca, el cual posee un contenido político adaptable a una realidad imperial, que nos obliga a plantearnos la cuestión de “patria” dentro del imperio.

El segundo conjunto de artículos, aquel que, según Lavallé, se ocupa del discurso de los dominados, revela la intención de este sector de crear un espacio propio de expresión. No obstante, las estrategias que emplean para dicho propósito pueden ser las mismas que las del grupo hegemónico. Dentro de este marco se plantea la lectura de “Las cartas en quechua de Cotahuasi: el pensamiento político de un cacique de inicios del siglo XVII” de César Itier. Al igual que el caso de Enrique Garcés expuesto por Rose, Cristóbal Castillo se apropia también de un discurso ajeno, lo imita y lo repite. No se trata ahora de la imitación de un poema, sino de la estructura de un sermón conciliar, con un determinado fin que resulta, como diría Bhabha, desequilibrante y amenazador. De esta manera, Itier intenta demostrar la estructura ideológica existente bajo el discurso político del curaca. En las cartas que escribe a las autoridades de Mungui para que cumplan las reglas de pago, el autor ha identificado similitudes textuales con los sermones conciliares. Una de estas coincidencias es la exhortación a vivir en paz presente en las cartas. La autoridad cacical se manifiesta como el cimiento de una vida social dentro de un marco legal e institucional, pero también es construida como fundamento de la convivencia pacífica. Para el curaca Cristóbal Castillo, la paz no es solo una necesidad práctica e inmediata, sino significa también un requisito trascendente del cristiano. A partir de esto, César Itier distingue la estrategia de la doble articulación del discurso. Comenta que Castillo “integra en un mismo complejo ideológico dos conceptos de procedencia cultural distinta y con ellos dos sistemas de ideas, uno de origen autóctono, otro de origen cristiano” (47). Se produce, en consecuencia, una cristianización de los términos políticos autóctonos, mientras que los conceptos cristianos son empleados como instrumentos políticos. El curaca de Cotahuasi legitima su poder y muestra una conducta ejemplar frente a las autoridades coloniales.

“Los indios ante la justicia. El pleito como parte de la consolidación de la sociedad colonial”, trabajo de Jacques Poloni-Simard, pone en evidencia, nuevamente, la formación de un discurso oblicuo, que se cimienta en el ocultamiento de una realidad específica, pero que a la vez la va develando. Este estudio se centra, concretamente, en los innumerables pleitos entre indios. El pleito revela, para el autor, la consolidación del orden colonial basado en la coacción donde se manifiestan y renuevan las relaciones asimétricas de la estructura socio-jurídica (185). Se les incluía dentro de las relaciones sociales, pero ello enfatizaba su verticalidad y acentuaba la supuesta incapacidad de los indios. Concluye el autor que dicha forma de justicia que, en apariencia se construía como una forma paternalista y proteccionista, consolidó a la sociedad colonial como contradictoria y segmentada. Finalmente, explica que la justicia ayudó a incorporarlos al espacio común, pero también los obligó a interiorizar formas de comportamiento, “las características de la figura del indio con la cual tenían que conformarse si querían lograr una sentencia favorable” (188).

De manera similar a los casos anteriores, Rosemarie Terán en su artículo “Las identidades plebeyas como estrategias discursivas en el marco de la Rebelión de los barrios de Quito, 1765” plantea el deseo de los sectores indígenas de formar parte activa del esquema social y político de la sociedad colonial. Como en los ejemplos antes citados, la inclusión de este sector y, en este caso, su unión con los otros grupos dominados, debe estar mediada por estrategias que, si bien logran, parcialmente, dicha inclusión, enfatizan también la verticalidad de la sociedad. La autora plantea una reflexión sobre el impacto de una conmoción social como la rebelión de los Barrios de Quito y sus consecuencias en el aparato político. Las peticiones y expectativas de justicia se volvieron formas de reclamar la pertenencia al cuerpo político de la colonia. Tomaron, sin embargo, la forma del vasallaje, ya no bajo un lente racial que distinguía entre indios y mestizos, sino unificándose en una sola categoría: la identidad plebeya. La rebelión, entonces, terminó legitimando las categorías de

dominación y de pertenencia a la República al reconocerse como un solo cuerpo dominado dentro de una estructura de vasallaje.

Luis Miguel Glave cierra el libro de actas con su ponencia titulada “La ilustración y el pueblo: el ‘loco’ Bernardino Tapia. Cambio y hegemonía cultural en los Andes al fin de la colonia, Azángaro 1818”. En ella se estudian las tensiones entre los pobladores y las autoridades en Umachiri desde 1815. Paralelamente a las incursiones guerrilleras del cura Muñecas comunicadas con los pueblos del altiplano coordinados por caudillos que seguían al religioso, se desenvolvió un enfrentamiento militar y político por el control de la ciudad y de la Audiencia. Esta revolución disfraza por un tiempo la lucha autónoma de los grupos indígenas. Luego, se vuelven aliados circunstanciales; sin embargo, detrás de la lucha conjunta esconden aún ideales independientes.

En conclusión, podemos afirmar que *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes* se articula sobre la base de dos ejes mencionados al inicio por Bernard Lavallé. El primero tiene que ver con las ponencias cuyo objeto de estudio es el discurso de los sujetos dominantes de la sociedad colonial. El segundo toma como punto de partida los discursos emitidos por los grupos subalternos. Ambos coinciden, sin embargo, en presentar como centro el recurso de ocultar o enmascarar. Emplean tretas para maquillar y disfrazar verdaderas intenciones, ya sea como una estrategia de supervivencia o como una táctica que permite afianzar la autoridad. Convergen, además, en presentar a través del uso de máscaras la formación del sujeto mediante el reconocimiento de la alteridad, la pugna entre el discurso del colonizador y del colonizado, manifestando la compleja articulación de la identidad del sujeto colonial. Algunas ponencias borran los límites de la dicotomía colonizador-colonizado o dominante-subalterno y amplían la categoría del sujeto, pues no lo definen, necesariamente, por oposición o presentan a un sujeto cuya focalización se puede dar desde ambas perspectivas.

Lavallé rescata las ideas del estudio de Mabel Moraña titulado *Viaje al silencio. Exploraciones del discurso barroco*, donde se comenta que muchas veces los críticos han caído en estos juegos o

trampas impuestas por los emisores del discurso. En muchos casos, ello ha conducido a lecturas contrarias de los mensajes inicialmente ideados, debido a la errónea decodificación de los símbolos. En este sentido, las ponencias presentadas en *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes* pueden ser consideradas un gran aporte en los estudios coloniales, no solo por los temas tratados particularmente, sino porque cada uno de estos estudios, al intentar dilucidar los procesos de enmascaramiento de los discursos, se convierte en un modelo que presenta una estrategia de lectura de los textos y del contexto colonial.

Stephanie Rohner

Pontificia Universidad Católica del Perú

Bibliografía

ADORNO, Rolena

1988 "Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 14, 11-27.

BHABHA, Homi

1994 "El mimetismo y el hombre: la ambivalencia del discurso colonial". En *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 111-119.